

*Por la tierra y por los santos: identidad  
y persistencia cultural entre yaquis y mayos*

México, DGCP-CNCA, Col. Culturas Populares de México, 1995.

Margarita Nolasco A. \*

NUNCA ha sido fácil escribir sobre los indios, y menos ahora en que ellos han tomado por asalto la palabra. Pero hacerlo de los cahitas es aún más aventurado, sobre todo porque este grupo ha sabido conservar tanto de su cultura y de su identidad que, a la vista de indios y no indios, “los yaquis y los mayos son los símbolos de ese pasado que la modernidad, por fin instalada en las planicies costeras de Sonora y Sinaloa, todavía no ha podido domar”, según palabras de Alejandro Figueroa (p. 24). Explicar, por ejemplo, el recio orgullo yaqui ante las chicanerías inherentes al crédito bancario o el dejar la *combined* (compleja máquina cosechadora, trilladora) para asistir a la comunila, sólo puede hacerse cuando se analizan las entrañas del *yoeme o yoreme*, cuando se aborda el tema de la identidad y de la persistencia cultural étnica y de la nación, cuando se desentraña, en fin, el cómo y el porqué de su ser étnico. Y esto es lo que hace Alejandro Figueroa, y lo hace no sólo con gran habilidad técnica sino, sobre todo, con gran amor hacia los indios y hacia Sonora, su tierra natal.

El trabajo consta de una introducción, cuatro capítulos y un pequeño apartado de conclusiones generales. En la introducción nos presenta su tema de investigación: “...trata sobre la cultura, la identidad y las formas actuales de persistencia de los yaquis y de los mayos... se pretende realizar un estudio comparado de dos etnias vecinas...” (p. 29). En su historia, cada grupo ha creado sus propias formas de cultura y sociedad y ha respondido de manera distinta a los avatares históricos a los que ha tenido que enfrentarse. Los mayos estuvieron sujetos a la fragmentación colonial, en tanto que los yaquis lograron conservar su unidad específica (ocho pueblos, cada uno independiente, pero unidos en su conjunto). El papel de la identidad es clave, y Figueroa lo hace ver claramente planteando una serie de interrogantes significativos al respecto (p. 32). Resume que la persistencia étnica se encuentra vinculada con las formas de identidad, y ésta remite a sentimientos,

\* Profesora-investigadora en la división de posgrado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Se le puede enviar correspondencia a Periférico Sur y Zapote, Col. Isidro Fabela, Tlalpan, D. F.

afectos, lazos primordiales, así como a cálculos de interés. Esta identidad, asimismo, se constituye y expresa en procesos de oposición, en los que se da la creación del “otro” y del “nosotros”. El estudio de la persistencia étnica se tiene que hacer, propone Figueroa, teniendo en cuenta no sólo los contextos de esa confrontación con los otros, sino la historia de esa confrontación. A eso dedica el primer capítulo.

Este primer capítulo se inicia con una pequeña síntesis de la probable organización social y de la cultura de los cahita prehispánicos, y se concluye que eran sociedades tribales, igualitarias, poco complejas, sin clases sociales. Su unión, al menos entre los yaquis, se basaba en el origen, el idioma, las costumbres y tal vez las creencias comunes. Vivían dispersos en rancherías, que se unían para la caza común y la guerra. Los mayos, al parecer, vivían también dispersos, pero carecían de una organización central.

El análisis continúa con las formas de conquista, y aquí se resaltan las diferencias entre la situación en Mesoamérica, que facilitó la conquista, y la de Aridoamérica. Respecto a los territorios propios, valdría la pena haber considerado la idea de Aguirre Beltrán sobre los “territorios de merodeo”, sin fronteras claramente delimitadas y utilizados preferente-mente por aquel grupo que en su momento estaba ahí, pero más o menos reconocidos por todos como “propio” de un grupo determinado. En lo referente a la conquista, habría que haber indicado que en lo que respecta a estos grupos había que conquistar y dejar tropas de ocupación casi por cada ranchería permanente o temporal, lo que hacía cara y muy poco redituable la empresa (sobre todo después de la experiencia de la reconquista de España, de la conquista de las islas del Caribe y de la del imperio tenochca). Por otro lado, los conquistadores no veían de momento riquezas lo bastante apetecibles como para avanzar más allá. Al aparecer la posibilidad de la minería, esto cambia, y deciden instalar los presidios o fuertes españoles, mismos que después, como lo indica Figueroa, habían de ser los compañeros imprescindibles de la misión.

La misión fue un programa de desarrollo económico y religioso, que sirvió como base para la integración cultural y política. De hecho, agrego yo, es en la misión donde se crea y desarrolla las que habrían de ser las culturas yaqui y mayo actuales (y la pima, pápago, ópata, tarahumara, etc.), que si bien pudieron conservar parte de su cultura anterior, esta parte seguramente fue muy restringida.

Los conflictos para las misiones empezaron pronto: levantamientos indios (de 1640 en adelante), ataques apaches (desde 1700), problemas con mineros (desde 1598) y rancheros (desde 1680), y hasta con los capitanes de los presidios (1730 en adelante). Entre los yaquis los conflictos mayores comienzan en la tercera década del siglo XVIII, y estallan en 1740, con la rebelión encabezada por Muñí y Bernabé, que es sofocada por Agustín de Vildosola con ayuda, aun cuando no lo menciona Figueroa, de los pimas y pápagos, dirigidos por Luis del Sáric y por Luis del Pitic (el primero posteriormente se levanta, es dominado, después ayuda a aplacar a los seris y más tarde, al volverse a levantar junto con Del Pitic, es ejecutado junto con éste).

La intolerancia jesuita orilló a los yaquis a modificar su cultura a lo largo de los siglos XVII y XVIII, y en el siglo XIX aparecen nuevas presiones sobre los grupos. Su sola existencia negaba las ideas de progreso de los grupos dominantes nacionales, quienes los comba-

tieron de todas formas, con las armas y con las ideas. La Revolución cambió poco este panorama, y junto con el paternalismo llegó la idea de la integración cultural (que se resolvió en etnocidio). Los yaquis y los mayos han logrado evitar la extinción, pero han tenido que hacer cambios en su organización social y en su cultura, de acuerdo con los contextos a los que se han tenido que enfrentar.

El siguiente capítulo se destina a la organización étnica, cuya singularidad se destaca a partir de tres hechos: la especificidad particular con las formaciones estatales; las características societales, al menos virtualmente, y las diferentes tradiciones culturales. Se discuten igualmente algunas definiciones de etnia consideradas como clásicas, para acercarse finalmente a la de Barth, que toma en cuenta las diferencias objetivas, pero sólo aquellas que los actores mismos consideran como significativas. También se da especial importancia a la conciencia étnica.

Los yaquis y los mayos poseen niveles de organización social y de recursos organizativos muy distintos, y sus relaciones hacia el exterior presentan diferencias. Los yaquis tienen un sistema de gobierno propio, la comunila, que permite a la vez la independencia de cada pueblo y la unidad del grupo. Los mayos, en cambio, no tienen una organización política formal, lo que tal vez se deba a la aplicación de las leyes de desamortización de los bienes de manos muertas en el siglo XIX, cuando perdieron sus tierras comunales, al ser invadidos por colonos no indios, etc. Así, se da un proceso mayor de fragmentación social (que ya se había iniciado en la Colonia), por lo que no pueden negociar con el exterior como grupo, sino a través de otras instancias (con frecuencia, además, compartidas con los no indios).

La conclusión es que los yaquis tienen viabilidad como grupo étnico, porque identificarse como tal sí les proporciona ventajas reales, al igual que a los mayos comuneros y ejidatarios. En cambio los mayos sin tierra, los jornaleros, sobre los que actúa la situación de clase y la étnica, tal vez tengan poca posibilidad de sobrevivencia. Los cambios de identidad sólo se han dado, sin embargo, en aquellos que han alcanzado cierta escolaridad.

El capítulo tres se destina al análisis cultural. Yaquis y mayos forman parte de la sociedad nacional, por lo que tienen acceso a la radio, la televisión, los periódicos, y consumen productos que les son ajenos. Sin embargo, al igual que otros grupos indígenas que incorporan elementos culturales ajenos, siempre lo hacen dándoles un nuevo significado.

El análisis de la cultura se centra en lengua, religión y ritual. Figueroa hace ver que si bien mayos y yaquis se consideran distintos, hay una gran cantidad de rasgos que indican que ambos grupos poseen una misma filiación cultural. Yo me pregunto si la impronta de la misión no dio características similares a los grupos, y más aún, si las Leyes de Indias que operaban sobre estos grupos no los obligaron a adoptar ciertas similitudes. De cualquier manera, hay más proximidad entre pimas-pápagos-ópatas (y tal vez tarahumaras) y yaquis-mayos, que entre éstos y los grupos que no tuvieron actividad misionera o ésta no fue importante (como seris, cucapás, guaycuras, washla', etc.), o que entre todos ellos y los grupos mesoamericanos.

Para Figueroa la cultura es la dimensión simbólica de las prácticas sociales, que se internaliza como *habitus* mediante procesos de institucionalización que se presentan como prácticas simbólicas. Así, las distintas representaciones del mundo, el *ethos* y los sistemas de valores son los elementos decisivos para marcar las diferencias culturales. El autor inicia su análisis cultural con la diferenciación lingüística, dialectal, entre mayos y yaquis, pero recuerda que hay lengua histórica y lengua sistémica, y que cada una es diferente y propia de un grupo, con procesos propios de diferenciación. En lo que hace al español, hay que considerar que éste es la lengua circundante y mayoritaria, y que presiona hacia el bilingüismo.

Ambos grupos comparten un mismo sistema de símbolos religiosos. Se trata de un sistema religioso propio (más que de una variante del catolicismo), contemporáneo (esto es, no primitivo) e integrado en forma coherente y ordenada a partir de dos tradiciones religiosas, la propia y el catolicismo. Su panteón se compone de seres sobrenaturales representados por los santos católicos. Uno de éstos es considerado el santo patrón titular del pueblo. La celebración de las fiestas religiosas es el hecho singular por excelencia en ambos grupos. Su organización, muy bien descrita por Figueroa, es cuidadosa y ritualmente seguida. Los cargos se conforman por mandas o promesas; los principales son: maestros y cantoras, oficiales de la iglesia (gobernador —kobanaro—, sacristán —temastían—, mujeres, fiscal, cubaslero, etc.), esto es, los mismos que existían en las misiones, según los innumerables documentos jesuítas. Están también los matachines, los “oficios” (danza del pascola, el venado y sus músicos), los fiesteros, etc. Todos ellos cuidan el ceremonial religioso, ya que tanto yaquis como mayos presentan una religión extremadamente ritualizada, lo que se manifiesta claramente en una gran simbolización al respecto, como se puede apreciar claramente durante la Cuaresma y la Semana Santa.

Si bien los dos grupos presentan símbolos formalmente semejantes, esto no implica significados iguales. El análisis de la religión importa porque ésta contiene un sistema de significados que se refieren tanto al mundo de la vida cotidiana como a otro que supuestamente lo trasciende. Y si el sistema de significados es distinto para yaquis y mayos, estamos entonces, sin duda, ante dos culturas.

Pero hay un mundo externo que rodea a estos grupos, y los lleva hacia la modernización: su vestido tiende a ser occidental; poseen *pickup*, y maquinaria y prácticas agrícolas complejas; tienen agua entubada, luz eléctrica, caminos, centros de salud, escuelas; leen, escuchan o ven periódicos, radio y TV, e incluso utilizan grabadoras en sus rituales, pero todo dentro de una matriz cultural propia y distinta, que se produce y reproduce en la vida ritual y que otorga significados concretos a sus prácticas rituales. Hay hibridación cultural; esto es, manejan varios códigos culturales y sus interacciones, sin dejar los propios y sin dejar de ser yaquis o mayos.

El capítulo quinto se destina al análisis de la identidad y de la persistencia cultural. La identidad es considerada aquí como el elemento que está presente en la forma en que un grupo se define a sí mismo y es definido por los otros. Lo cultural se encuentra ligado con la identidad y son la base de la persistencia étnica, que se relaciona no sólo con la permanencia de las características culturales propias, sino también con el

sentido y la percepción de su diferencia. Así, mayos y yaquis pueden persistir a pesar de las presiones externas.

De todo lo anterior resalta la importancia de analizar la identidad. Figueroa analiza diversas propuestas y acepta que la identidad presupone reflexividad solipsista (esto es, de carácter intersubjetivo y relacional), puede ser individual o colectiva, y tiene una dimensión locativa, selectiva e integradora. De tal forma, la identidad puede concebirse como un sistema en el que pueden coexistir niveles y dimensiones diferentes y de distinto orden y jerarquía. Los cahita se identifican como *yoemes o yoremes* en contraste con los *yoris* (no indios), y si bien yaquis y mayos reconocen un origen común, están conscientes de sus diferencias, de que también son “el otro” para cada uno.

Como ha pasado con frecuencia en México, los blancos suelen apropiarse de algunos hechos indios característicos para fincar su identidad. Tal es el caso de Cajeme, <sup>1</sup> el mítico héroe yaqui, quien tomó la bandera de los oprimidos y encabezó una rebelión, que fue combatida por las fuerzas del naciente porfiriato. Al fin, el caudillo es capturado y ejecutado (1887). Los sonorenses, y es un fenómeno que se observa en otros casos en la República, se consideran los descendientes de los fieros indios que vencieron el desierto y que lucharon contra el sometimiento; pero, como también ocurre en el resto de la República, no ven en su discurso a los indios reales, actuales, siempre presentes pero siempre olvidados.

Yaquis y mayos se definen en principio por el nacimiento. Ser yaqui significa comportarse como “yaqui”, defender su territorio (real o virtual) y tener en alta estima su identidad. Los mayos lo son cuando nacen en una familia mayo, y se autodefinen así sólo para indicar la ascendencia cultural de los padres. No valoran como los yaquis su identidad, pero si alguien pierde los rasgos culturales que hacen a un mayo, es considerado despectivamente como *ayorado* (y aquí valdría la pena haber hecho una comparación con los “revestidos” del centro de México).

Los yaquis son un pueblo persistente, porque poseen un sistema de identidad persistente. Han logrado dar a su etnia una forma de organización grupal que regula el comportamiento y las relaciones con el exterior. Esta regulación es básica para la continuidad cultural, puesto que refuerza la identidad yaqui.

Los mayos tienen el problema de la dispersión, sin territorio propio, sin un control autónomo y centralizado de la vida política, discriminados étnicamente y en situación desfavorable en lo económico. Pero tienen un conjunto de creencias comunes, una identidad colectiva. Sin embargo, ésta es valorada negativamente, es frágil, por lo que hay condiciones para el cambio de identidad individual. La fuerza del ser mayo estriba en estar inmerso y participar de un sistema de creencias religiosas. Éstas son su asidero existencial y, además, la base de su identidad.

En su apretado resumen de conclusiones, Figueroa resalta el papel de la identidad en la persistencia cultural. Indica que aunque haya destacado el papel subjetivo, no hay que olvidar que la identidad también se basa en factores objetivos. Pero la persistencia cultural

1 Uno entre otros, como Banderas, Sibalaume, Tetabiate o Pluma Blanca

no puede medirse con los mismos parámetros. Para los yaquis, el territorio, la organización política, el uso de la lengua, su gran ceremonialismo, todo ello se conjuga para asegurar su viabilidad étnica. En contraste, los mayos carecen de territorio propio, de organización política centralizadora, les falta estabilidad lingüística. Pero esto no significa que su cultura e identidad estén en peligro de extinción, ya que, si carecen de ciertos elementos, en cambio han reforzado la vida ceremonial, que en la actualidad constituye el principal emblema de su identidad.

Los dos grupos han cambiado desde la época prehispánica hasta ahora, pero algo de su cultura ha persistido, queda su sentido de identidad y lo que lo sustenta. Eran, son y seguirán siendo yaquis y mayos, y el cómo y el porqué de esto es lo que nos relata Figueroa a lo largo de este libro. Ser yaqui, ser mayo nos son así explicados y clarificados, y ésta es la tarea que se propuso Alejandro Figueroa. Y la cumplió.